

China y EE. UU., dos caras de la crisis

EUGENIO BREGOLAT*

LA VANGUARDIA, 09.02.09

No menos recordado será 2008 que 1929 y por la misma razón: porque el sistema capitalista se vio sacudido por un tsunami que cuarteó sus cimientos. La crisis se originó, como entonces, en Estados Unidos, el corazón del sistema capitalista. Empantanado, además, en las guerras de Iraq y Afganistán, el saldo es muy negativo para Estados Unidos, tanto en términos de poder duro (la economía, la incapacidad de traducir un predominio abrumador en lo militar en victorias), como blando (el modelo económico, la superioridad moral). Al otro lado del Pacífico, los triunfales Juegos Olímpicos, el vuelo espacial o los dos billones de dólares en reservas confirman la trayectoria ascendente de China. Tanto el descalabro estadounidense como el éxito chino que eclosionaron en el 2008 son resultado de largos procesos: el abandono del fundamentalismo maoísta por parte de Deng Xiaoping, en 1978, y la asunción del fundamentalismo de mercado por Reagan y Thatcher, que llegaron al poder poco después.

Al multiplicar su PIB por 15 en los últimos 30 años, China ha logrado que un país gobernado por el que se sigue llamando Partido Comunista protagonizara el proceso de desarrollo económico más espectacular de la historia universal. Hasta el exitoso experimento chino las economías de los países socialistas habían fracasado. Su ineficacia económica condenó al sistema soviético. Si Gorbachov, con sus reformas, hubiese encontrado la fórmula para que la Unión Soviética creciera la mitad de lo que ha crecido China, ni aquella ni el Pacto de Varsovia habrían desaparecido. China tiene una economía de mercado, pero el régimen se

considera socialista gracias al "predominio de la propiedad pública". "Predominio" significa un sector público que dé al Estado capacidad de controlar la economía. Hoy aproximadamente un tercio del PIB es producido por ese sector, cuyo núcleo lo forman un centenar de grandes empresas, las mayores del país, incluidos los cuatro grandes bancos comerciales y empresas de energía, telecomunicaciones, aeronáutica, defensa, automóvil y otros sectores considerados estratégicos. Se trata, pues, de un sistema de economía mixta, parecido al de los países europeos, incluida España, en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Blanco o negro, poco importa, el gato caza ratones. Y, sea su economía capitalista o socialista, China ha demostrado que la democracia no es imprescindible para el desarrollo económico, como ya habían dejado claro, por otra parte, los ejemplos de Singapur y Hong Kong, o, antes de su democratización, España, Corea del Sur o Taiwán.

Mientras se iba fraguando, las últimas décadas, el éxito económico chino, en Estados Unidos se incubaba una crisis económica que implica un fracaso estrepitoso del sistema político. Este se legitima, en cualquier lugar, por su capacidad de garantizar la seguridad, el bienestar y la libertad de sus ciudadanos. El bienestar está hoy en entredicho en Estados Unidos y, de rebote, en el mundo entero. Estados Unidos y algunos países europeos están procediendo, de facto, a la nacionalización de parte del sistema financiero, a la que puede seguir parte de la industria. ¿Resultará de ello un sistema de economía mixta parecido al de China, que dé al Estado las palancas necesarias para controlar la economía nacional y evitar excesos como los que han llevado a la presente crisis? ¿O se tomará la vía de la reprivatización, optando por una mayor regulación como remedio?

Con todo, Estados Unidos seguirá siendo durante mucho tiempo una gran potencia, hoy por hoy la única. En lo militar su ventaja es apabullante; en lo económico el mismo impacto de la crisis sobre el resto del mundo confirma su superioridad. La elección de Obama es todo un símbolo de su capacidad de renovarse. El tiempo dirá si será capaz de regenerar el sistema económico, incluida la prevención de desastres como el que ahora vivimos. En cuanto a China, su éxito confirma, si alguien tuviera dudas, que la economía de mercado es menos mala que la estatalizada. Habrá que ver cómo capea la crisis. Aunque inevitablemente acusará su impacto, hay razones para creer, aunque aquí también hay agoreros, que lo hará mucho mejor que los demás.

Si cuando Deng Xiaoping despertó a China del mal sueño maoísta Estados Unidos y la URSS eran las dos grandes potencias y Europa tenía la esperanza de llegar a serlo, hoy, 30 años después, cuando la URSS ha pasado a segundo plano y China aún no ha accedido al primero, aunque lleva camino de lograrlo, Europa, que ha engordado pero no ha crecido, sigue deshojando la margarita.

*E. BREGOLAT, ex embajador de España en China